

LA GRACOLARIA

Periódico semanal

La Redacción no se hace solidaria de los trabajos firmados.

Insertense ó no, no se devuelven los originales.

Anuncios, edictos y comunicados á precios convencionales.

Redacción y Administración

CALLE DE CORRÓ, 9

Preios de suscripción

Trimestre, pago adelantado.	1'50 ptas
Número suelto.	0'15 "
Número atrasado.	0'20 "

UN ESPECTRO

Walter Scott, en sus curiosas *Cartas sobre la demonología*, cuenta que un médico fué avisado para atender á un hombre que ocupaba un puesto eminente en un departamento particular de la administración de justicia. Hasta el momento en que se hizo necesaria la presencia del doctor, demostró sentido común en todos los casos en que tuvo que decidir como árbitro, así como firmeza é integridad de carácter poco comunes. Pero á partir de cierta época, su genio tornóse sombrío, aunque su espíritu conservó toda su generosidad y toda su fuerza. De igual manera la lentitud de su pulso, la inapetencia, una digestión laboriosa y otros síntomas indicaron al doctor algún origen serio de inquietud. Al principio el enfermo pareció obstinarse en guardar secreta la causa de su alteración de salud. Su carácter sombrío, la turbación que experimentaba al contestar á los interrogatorios de la ciencia decidieron al sabio médico á informarse á toda costa de lo que hubiera. Interrogó minuciosamente á los individuos de la familia del desdichado; pero no consiguió aclarar nada. Todos se perdían en conjeturas acerca de un estado alarmante que no parecía justificado por ninguna pérdida de fortuna, ningún pesar resultante de un sér arrebatado á su ternura; á su edad no podían suponérsele pasiones contrariadas y su carácter ni por un sólo instante permitía suponerle un remordimiento. El médico tuvo que recurrir de nuevo á la vía directa é hizo valer ante el enfermo los argumentos más serios que imaginó capaces de vencer su obstinación. Por último, este se dejó convencer, acabando por manifestar un día deseos de explicarse francamente con el doctor. Dejéronles de conferencia á puerta cerrada y el enfermo hizo la siguiente y extraña revelación.

—No puede V., amigo mio, convencerse

más de lo que yo estoy de mi próxima muerte, producida por la fatal enfermedad que seca los manantiales de mi vida. Indudablemente recordará V. el mal de que murió en España el conde-duque de Olivares.

—De la idea, dijo el médico, de que se veía perseguido por una aparición en cuya existencia no creía: y murió porque la presencia constante de esta visión imaginaria debilitó sus fuerzas y apenó su alma.

—Pues bien, mi querido doctor, replicó el enfermo, estoy en el mismo caso; y la presencia de la visión que me persigue es tan penosa y horrible que mi razón está ya sin fuerza para combatir los delirios de la imaginación, y siento ya que voy á morir víctima de una enfermedad mental. Mis visiones empezaron hace dos ó tres años. Veíame entonces molesto de vez en cuando por la presencia de un gato grande que aparecía y desaparecía sin que yo pueda explicar como; pero al fin la verdad iluminaba mi espíritu y me ví obligado á considerarle, no como un animal doméstico, sino como una visión que no tenía existencia más que á consecuencia de un desarreglo en mis órganos de la vista ó en mi imaginación. No tengo antipatía á los gatos, más bien me gustan: así es que sufrí con bastante paciencia la presencia de mi compañero imaginario, tanto que ya conseguí verlo casi con indiferencia. Pero al cabo de algunos meses el gato desapareció reemplazándole un espectro de más alta naturaleza, ó que por lo menos era más imponente. Fué nada menos que uno de los maceros de la Cámara de los Pares de Inglaterra, vestido con todos los atributos de su cargo.

Este personaje llevaba el traje de corte, la melena, una espada al cinto, una túnica bordada y el sombrero bajo el brazo, deslizándose detrás de mí como una sombra; fuera en mi propia casa ó bien en las de otros, subía la escalera delante de mí como para anunciarme en el salón. A veces parecía confundirse entre la gente, aunque era claro que nadie